

El teatro de la vida



LOS PRECIOS (Auto Sacramental)

PERSONAJES:

- LOS PRECIOS** . . . Marionetas de diablos.
CORO Don Germán Blanco, en carta abierta al director de «Blanco y Negro», 7-X-72.
DIOGENES Diario «Pueblo», 11-X-72.
HERALDO De la Federación Nacional de las Asociaciones de Consumidores.
EDITORIALISTAS. Del diario «Ya» (varias fechas).
UNA VOZ

DECORADO:

Los tronos cauderonianos propios de los Teatros Nacionales. Gran profusión de terciopelos, luces y purpuras. Al levantarse el telón, los precios juegan entre ellos movidos por los hilos que los agitan. Durante toda la función irán poco a poco estando cada vez más altos, hasta que empiezan a ascender por el cielo. Al fondo está el coro.
Entra Diógenes con su linterna. Va ensimismado. Habla solo.

DIOGENES.—Todo país tiene problemas de fondo y problemas de coyuntura. El nuestro no es una excepción. Los españoles nos encontramos ahora mismo, en efecto, ante una coyuntura alcista de precios ciertamente alarmante...

CORO.—No hace falta ser un brillante economista para saber que la subida de los artículos de primera necesidad es del todo antipopular.

¡Que un bollo de pan que ayer costaba 1,50 cuetes hoy dos pesetas, o sea, de ayer a hoy, 0,50 pesetas, indigna!

¡Que la leche —producto vital— cueste 14, 15 ó 16 pesetas, es algo que no se comprende.

DIOGENES.—... y los continuos fraudes de que, sin que se aplique el Código Penal, los consumidores españoles venimos siendo objeto en materia de alimentos, debería haber bastado para que el

Código Alimentario estuviere desde hace mucho tiempo en vigor...

CORO.—¡En fin, la cosa indigna!

¡La cosa se habla a gritos!

¡¡El asunto clama al cielo!!

Arriba, en la parte más alta del decorado, suena un voz:

VOZ.—Tratar de congelar drásticamente los precios equivaldría a correr el riesgo de paralizar nuestra economía...

Le interrumpen unos clarinazos metálicos. Entra el Heraldo de los Consumidores montado en un gran caballo. Los precios se asustan de su presencia. Algunos saltan y aprovechan el salto para quedarse en la situación más alta alcanzada. El Heraldo lee un pergamino.

HERALDO.—Nuestra Junta Directiva ha tomado, entre otros, los siguientes acuerdos, cuyo conocimiento y divulgación estima de interés general:

Exteriorizar nuestra satisfacción a la prensa y radio por la difusión...

La gran algarabía de los diablos impide que se pueda oír. El Heraldo lee sin que le oigamos. Diógenes se acerca al foro con su linterna. Ilumina a los espectadores de la primera fila. Hace un gesto de resignación, como si tampoco estuviere allí el hombre que busca. Habla como para sí mismo.

DIOGENES.—... Los consumidores se encuentran en plena indefensión. La cuestión se complica más si tenemos en cuenta que en los últimos años se han articulado asociaciones de consumidores meramente aparentes, sin medios, sin voz ni peso específico alguno...

Sale Diógenes y se cruza con dos editorialistas de "Ya", que, con las manos en las espaldas, dan un tranquilo paseo mientras hablan entre ellos.

EDITORIALISTA UNO.—Esperemos una política de gran eficacia y de gran imaginación...

Se oye de nuevo la voz en la parte alta del decorado. Los editorialistas miran y escuchan.

VOZ.—Un intenso proceso de crecimiento y cambio tiene que aceptar un cierto aumento del nivel de precios...

Los editorialistas siguen su paseo.

EDITORIALISTA DOS.—Si los costes suben, es inevitable que los precios suban en cierta medida.

EDITORIALISTA UNO.—Pero sólo en cierta medida.

EDITORIALISTA DOS.—Aquí está el aspecto político del problema. Darlos de lado con argumentos de pura técnica económica es dejarlos sin resolver...

VOZ (más fuerte).—La mayor integración en la economía mundial nos conecta con corrientes comerciales y financieras en un sistema en abierta crisis...

EDITORIALISTA UNO.—Porque si las subidas de precios anulan las mejoras salariales, es lo mismo que si estas últimas no se hubieran producido...

Salen los dos editorialistas. Los diablos de los precios están altísimos. El coro los mira con tristeza. Declama.

CORO.—Que suban los cines, productos de lujo, etcétera, etcétera, bien, pero que los productos que han de mantener básicamente una población lo hagan de forma exorbitada y de la noche a la mañana, mal, muy mal.

¡La cosa indigna!

¡La cosa se habla a gritos!

¡El asunto clama al cielo!

Un gran griterío de los diablos interrumpe al coro. Los diablos desaparecen por arriba del escenario. El coro queda solo. Se dirige al público.

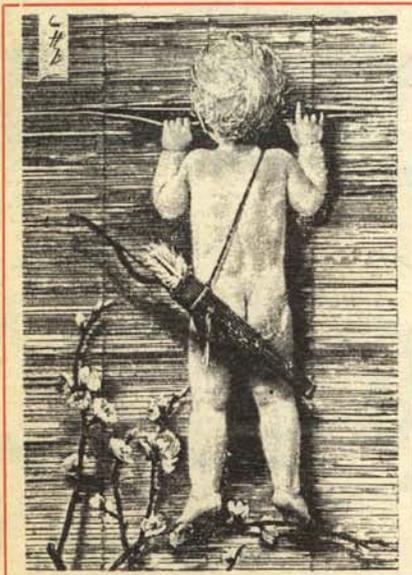
CORO.—Y aquí queda mi queja, que mucho agradecería a usted, señor director, publicase por si a alguien puede interesarle conocer el descontento que por tal situación reina en la calle...

Cae el telón lentamente, mientras se oye una voz del público que grita desde el patio de butacas:

VOZ.—¡Está bien, está bien! ¡Se hará lo que se pueda!

FIN

EL ARCHIVO DE DON CLAUDIO



—¡Vaya! Ya están como todos. ¡Llegué tarde!



—Yo soy la paloma de la paz de las derechas; y ésta, la de las izquierdas.

